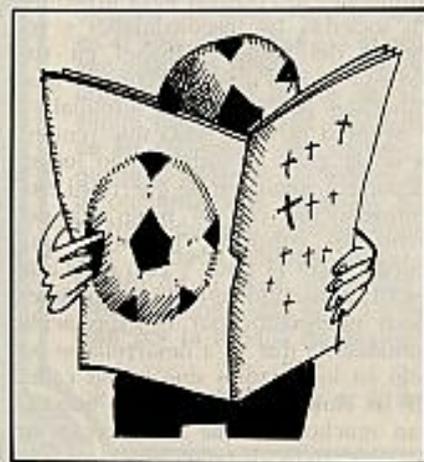


frecuentes ojeadas al televisor y vigilando que las niñas estén en casa a las nueve. O se escapan si pueden hacerlo a las ciudades donde no se celebren encuentros, que gozarán de una prima de «tranquilidad» muy apreciada por un importante sector de la opinión.

Por lo demás, en las familias, se prevén conflictos por la selección de programas televisivos, con una resurrección de la guerra de las generaciones —el partido de fútbol que verá el padre y el concierto rock para el hijo— y de la guerra de sexos, por la audiencia mayoritariamente masculina del «deporte rey». Los estadios estarán llenos pero, en ellos, los españoles serán minoría. Todo visitante extranjero trae entradas para los partidos y no serán muchas las que queden a la venta para la gente del país.

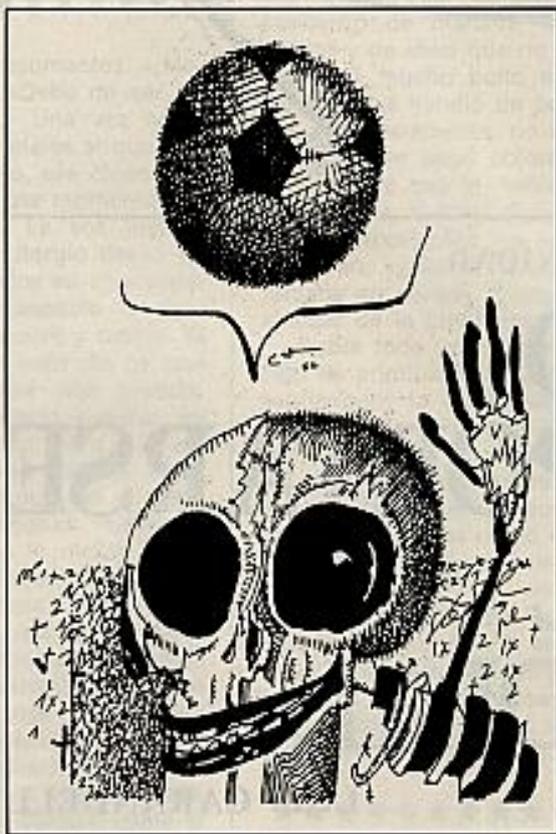
Será de incumbencia de las autoridades del orden público frenar los entusiasmos de los forofos triunfantes o frustrados, asegurar que, cualquiera que sea el estado de embriaguez en que se encuentren, puedan asistir a los encuentros para los que tienen entrada, vigilar que el terrorismo no quiera también «vender» su producto y proteger la confraternización mundial. ¿Se imaginan el éxito que sería que nuestro ministro de Asuntos Exteriores hiciera el saque de honor de un partido Argentina-Inglatera, pacificado y por virtud balompédica el Atlántico Sur?

Los políticos, los industriales, los comerciantes y hasta los particulares que lo deseen (escapar de la ciudad y alquilar el apartamento a precios astronómicos) tendrán ocasión de hacer, en junio y julio, el proverbial agosto. Rentas políticas, rentas electorales, rentas simplemente, amistades, enemistades, matrimonios, noviazgos, ligues, apreturas, coscorriones, todo eso va a ser el Mundial y también algo de fútbol. ■ L. C.



# REFUGIO ATOMICO PARA EL MUNDIAL

MANUEL VICENT



**N**O huyas, no te escondas, no emigres, no pidas la baja en el registro civil, no te metas en el refugio atómico. Dondequiera que vayas un balón de reglamento te perseguirá hasta el agujero más recóndito. Mejor será que aceptes las cosas como vienen y pongas buena cara ante el diluvio de patadas que se avecina. Algunos piensan quedarse en la cama y esconder la cabeza debajo de la almohada durante todo el mes. Otros ya están decididos a arrojar el televisor por la ventana. No hay escapatoria. El mundial de fútbol se ha convertido en una atmósfera. Todo el mundo acabará entrando por el aro. Cuando antes te rindas, mejor. Pero hay que esperar que el equipo español sea eliminado a la primera de cambio para que este campeonato no se convierta en el *La, la, la* de Arconada en las diez miladas filas de UCD.

Esto va por sagas. Primero ha sido el juicio del 23 de febrero. La gente ya se lo ha tragado, con sus ruedas de

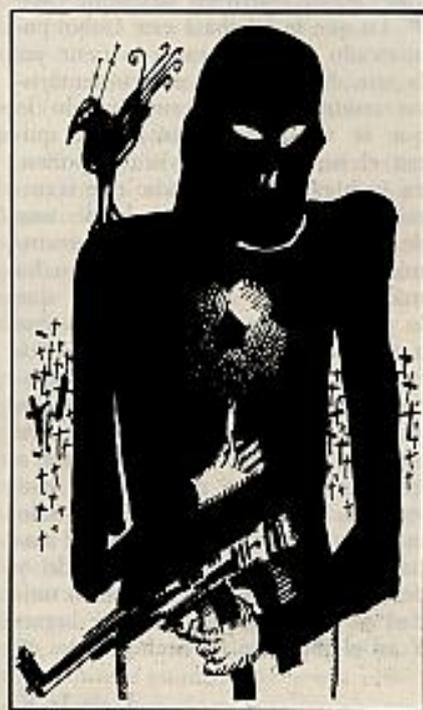
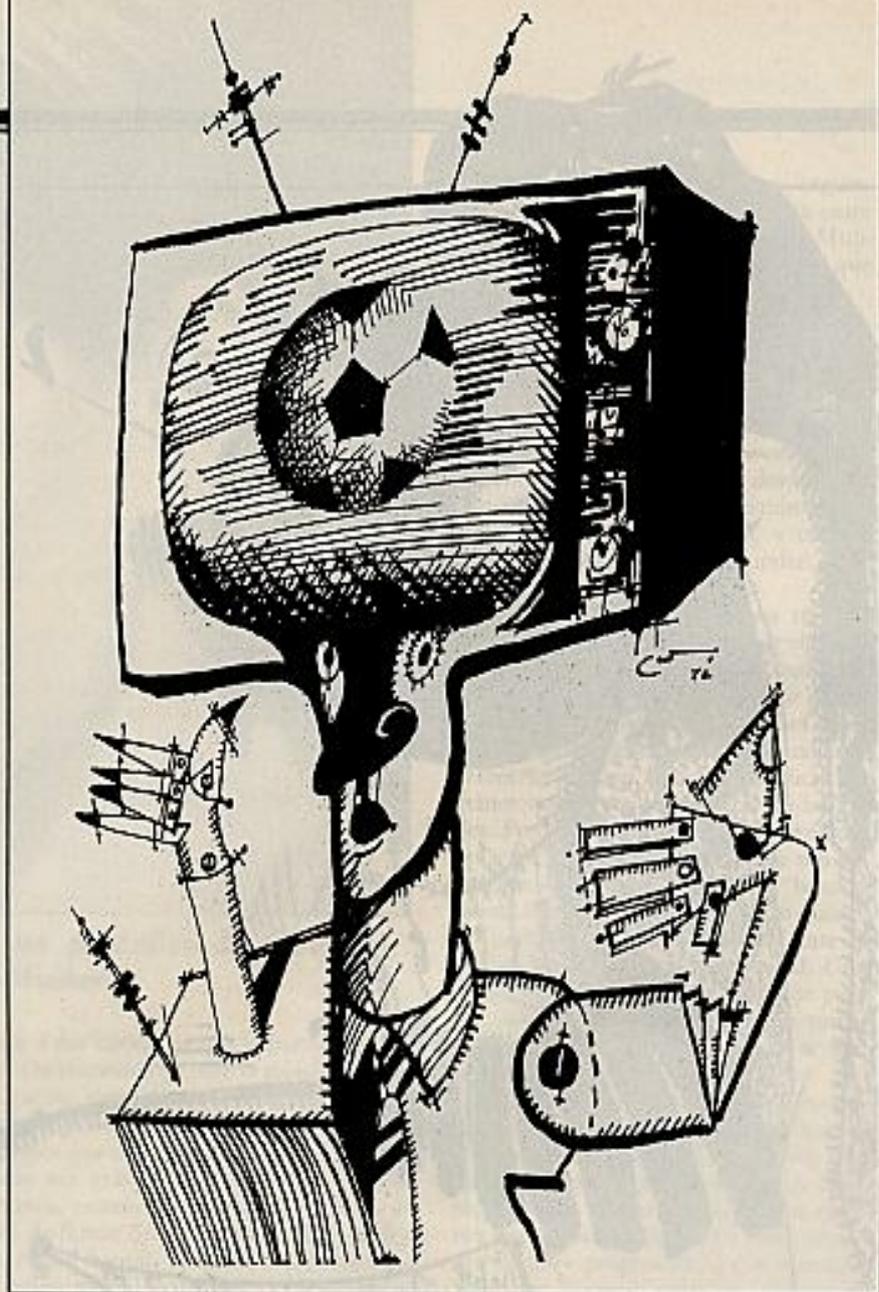
molino incluidas. Si Martín Prieto no nos hubiera hecho el favor de escribir en *El País* unas crónicas estelares de esa acampada de golpistas, el tedio se habría apoderado de cualquier alma desde el cuarto día. Ese bolo alimenticio ha pasado ya al intestino ciego de la opinión pública y en este momento llega en su relevo el mundial de fútbol. Es preferible que nos hinchen de goles a que den un golpe de Estado. A fin de cuentas, si el equipo del 23 de febrero hubiera ganado, el campeonato no se hubiera podido celebrar, porque el césped de los estadios habría estado ocupado por una multitud de demócratas con manta y cantimplora. Imagínense el cuadro. Aranguren con una barba de cuarenta días recostado en un poste de la portería. Juan Luis Cebrián envuelto en periódicos censurados durmiendo en una grada. Fran-

cisco Umbral, lívido por el relente, pidiendo un vaso de leche templada al carcelero del segundo anfiteatro. Luis Carandell haciendo acordeones de papel en la lateral de pie. Fernando Savater jugando al dominó con fichas de cartón junto al banderín de córner. Manolo Vázquez Montalbán oliendo la marmita del rancho y teorizando sobre el arte culinario del campo de concentración. Y alrededor políticos, periodistas, líderes obreros y público demócrata en general, tirados en el dique seco, con los pantalones atados con el cordón de los zapatos, a la espera de ser juzgados por el altavoz de 100 en 100.

La democracia necesita un mundial de fútbol de vez en cuando. Entre el veredicto para los golpistas y el escrutinio de las urnas en las elecciones generales que se echan encima, está el marcador electrónico con todo el país cruzado a balonazo limpio. Tampoco está mal una cura de amnesia. A fin de cuentas la democracia debe ser un

régimen aburrido en el que nunca pasa nada, una estampa de niños en el parque, aficionados en los estadios y domingueros en la sierra. Lo único que cabe esperar es que el mundial de fútbol pase rápidamente y que los responsables de su organización se sacudan el complejo de inferioridad, entreverado con gestos de nuevo rico y desechen la idea de montarlo como una horterada impecable. La gente está dispuesta a aguantar una vez más. La gente como uno sólo quiere algo medio decente: un vino español por aquí, un intercambio de camisetas por allá, cuatro tiros en el poste, los hoteles llenos, algunos balonzos rozando el larguero, los restaurantes con el negocio a tope, muchas zancadillas en el área y que España sea eliminada pronto para que no nos den la lata.

Demócrata, no huyas. Es mucho mejor contemplar los estadios rebosantes de público desde la salita de estar a través del televisor que ser tu mismo un componente derrotado por el equipo del 23 de febrero y ocupar la grada con un traje a rayas y gorrito de presidiario. De todas formas no hay escapatoria. Aunque estés en un refugio atómico o metas la cabeza debajo de la almohada, el balón te seguirá hasta el último escondrijo. Sal, no temas, da la cara. La democracia también es esto. Un mes pasa en seguida. Es mejor una panzada de goles que un golpe de Estado. Los golpistas también estarán pendientes del marcador. Y al menos durante el mundial te dejarán tranquilo. ■



# EL FUTBOL COMO TEATRO

IGNACIO DE LA VARA

**A**L fútbol se le ha puesto un marco: ya es una representación. El burgués del XIX convertía los teatros en su propia casa: sillones, terciopelos y dorados, un lustre, criados de librea. Su casa a la que abría una ventana, una embocadura; cuando se levantaba el telón, veía otra casa, otros sillones, otros terciopelos y púrpuras; y otra vez él, su amigo o su enemigo, representando la vida. O quizá un sueño, una aventura, un imposible. Ahora es su propia casa la que se convierte en

teatro: ha llevado a ella el escenario. Un marco con un telón vidriado, opaco. Invita, los días de gran partido, a sus amigos. Es una *loge* privilegiada, con whisky y emparedados —que llama sandwiches— de Mallorca o de Embassy, ceniceros bien dispuestos y cajas abiertas de cigarrillos. Desaparece el telón, y el fútbol queda correctamente enmarcado, limitado. Ha perdido su borrascosa libertad, sus ramalazos de frío o de calor cuando lo hace, su comunión con la masa, el berrido prolongado de los aficionados